Pisotones y coces

En una parroquia no había cura. Los feligreses se reunieron para elegir uno. Lo elegirían entre los campesinos, y entonces llegó el campesino Pajom. Todos los feligreses:
— Bueno, Pajom, ¡tú serás el cura!
— Pues bien, sea como sea.
Y eligieron a Pajom. Él dice:
— Bueno, feligreses, escuchen, ¡ortodoxos! Hoy es sábado y mañana es domingo. Vengan al oficio.
— ¡Le escuchamos, padre!
El domingo, los feligreses fueron a la misa. Llegaron a la iglesia. Se había reunido mucha gente: había que escuchar cómo el nuevo cura iba a celebrar la misa. Y el cura llegó. Entró en el altar, se puso la casulla, salió por las puertas reales y dice:
— Escuchen, feligreses. ¡Lo que haga el cura, eso hace la parroquia!
Los feligreses responden:
— ¡Le escuchamos, padre!
Entonces el lector le da al cura el incensario, y en el incensario hay muchos carbones, y arden bien. Él tomó el incensario y empezó a menearlo. Lo meneaba, lo meneaba, y un carbón al rojo vivo salió del incensario y justo en la caña de la bota. Y el cura empezó a zapatear. Él zapatea, y todos los feligreses zapatean. El carbón sigue subiendo. ¡No se puede hacer nada! El cura se da un porrazo en el suelo, con las piernas en alto, y empieza a cocear. Y todos los feligreses se dieron un porrazo en el suelo y empezaron a cocear.
Un campesino salió de la iglesia, y otro entra en la iglesia y pregunta:
— ¿Acaso ya pasó el oficio?
— No, no pasó. ¡Lo de zapatear ya pasó, y ahora viene lo de cocear!